

Tras este triste cuadro, con tan vivos colores trazado, nos hace ver el Pontífice, que de la familia ha pasado el mal al orden social y político, cundiendo luego á todas las naciones, hasta formarse en el orden internacional un sistema de egoísmo, que engendra guerras continuas, descontento general, la opresión del débil. Pasa luego á pintar el anarquismo con estas elocuentes palabras:

Como el que se precipita por una pendiente es fuerza que llegue al fondo del abismo, he aquí que la lógica vindicadora de los principios ha llegado á producir una verdadera asociación de delincuentes de instintos absolutamente salvajes, la cual, desde los primeros golpes, infundió terrorífico espanto. Constituida sólidamente y con vínculos internacionales, se encuentra ya en estado de levantar por dondequiera la criminal mano, sin que tema obstáculos ni le arredre el más enorme delito. Sus afiliados, rompiendo toda liga con el mundo civil, con las leyes, con la religión, con la moral, toman el nombre de *anarquistas*, proponiéndose destruir, con todos los medios que puede sugerir una pasión ciega y feroz, el orden social desde la cumbre hasta los cimientos. Y como éste recibe unidad y vida de la autoridad imperante, contra la autoridad se han dirigido especialmente sus golpes. ¿Quién no se horrorizó con un estremecimiento de compasión y de indignación, al ver, en el espacio de pocos años, acometidos y asesinados á emperadores, emperatrices, reyes y jefes de poderosas repúblicas, sólo por hallarse revestidos de la autoridad soberana?

Explicado el origen de la guerra á la Iglesia y señaladas sus consecuencias, pasa el Padre Santo á indicar los remedios para tamaños males, y á este fin se dirige á todos los hombres de buena voluntad, pero más especialmente á los que la Providencia ha colocado en elevados puestos. Les recuerda que se conside-

ró la libertad como medicamento infalible; pero la libertad no surtió los efectos deseados. Se pensó en el perfeccionamiento de la instrucción: el éxito fué igualmente infeliz. Se confió en los adelantos progresivos de las ciencias: se recibió idéntico desengaño. El único y eficaz remedio se encuentra en el regreso de la descarriada sociedad al seno del Cristianismo. Volved á oír las palabras de Su Santidad.

Así como el Cristianismo no baja á ninguna alma individual sin hacerla mejor, así tampoco entra en la vida pública de un Estado sin afirmarlo en el orden y la paz; con la idea de un Dios providente, sabio, infinitamente bueno é infinitamente justo, hace penetrar en la conciencia el sentimiento del deber, endulza los sufrimientos, calma los rencores, inspira el heroísmo. Si transformó las naciones paganas, y esta transformación fué un verdadero renacimiento de la muerte á la vida, de modo que, tanto cesó la barbarie cuanto se extendió el Cristianismo; éste sabrá, igualmente, después de los terribles sacudimientos de la incredulidad, poner de nuevo en el buen camino los Estados y pueblos modernos y restablecer en ellos el orden.

Pero no es esta la última palabra: el regreso al Cristianismo no será remedio eficaz y completo, si no entraña el regreso y el amor á la Iglesia una, santa, católica y apostólica. Porque el Cristianismo se pone en acción y se personifica en la Iglesia Católica, sociedad soberanamente espiritual y perfecta, que es el místico cuerpo de Jesucristo y tiene por Cabeza visible al Romano Pontífice, Sucesor del Príncipe de los Apóstoles.

Á medida que la Iglesia Católica despliega su celo para el bien moral y material de los pueblos, los hijos de las tinieblas se levantan furiosos contra ella, y no hay medio que no dejen de probar, con el fin de ofuscar su divina belleza y paralizar su acción vital y redentora. ¡Cuántos sofismas inventan, cuántas calumnias! Uno de sus más pérfidos artificios, es representar á la Iglesia á los ojos del indocto vulgo y de los Gobiernos celosos, como contraria á los progresos de

la ciencia, como enemiga de la libertad, usurpadora de los derechos del Estado é invasora del campo de la política. Necias acusaciones, mil veces repetidas y mil veces pulverizadas por la razón, la historia, el consentimiento de los hombres honrados y amigos de la verdad.

¿La Iglesia enemiga de la ciencia y de la cultura? Ella es, ciertamente, guardadora vigilante del dogma revelado; pero esta vigilancia sólo sirve para hacerla fautora benemérita de la ciencia y protectora de la sana cultura. Diez y nueve siglos de gloria, conquistada por el catolicismo en todos los ramos del saber, bastan ampliamente para destruir la mendaz aserción. Á la Iglesia Católica hay que atribuir el mérito de haber propagado y defendido la sabiduría cristiana, sin la cual el mundo yacería aún en las tinieblas de las supersticiones paganas y en el estado abyecto de la barbarie. Á ella se debe el haber conservado y transmitido los preciosos tesoros de las letras y de la ciencia antigua; el haber abierto las primeras escuelas populares y creado Universidades, que existen y son célebres aún en nuestros días; el haber acogido, en fin, bajo sus alas protectoras, á los artistas más insignes, y el haber inspirado la literatura más sublime, más pura y más gloriosa.

¿La Iglesia enemiga de la libertad? ¡Ay! cuánto se desfigura un concepto, que bajo este nombre encierra uno de los más preciosos dones de Dios, y se emplea, por el contrario, para justificar el abuso y la licencia! Si por libertad se quiere entender el caminar exento de toda ley y de todo freno para hacer lo que más se antoje, esa, de seguro, tendrá la reprobación de la Iglesia, al par que la de todas las almas honradas. Pero si por libertad se entiende la facultad racional de obrar el bien en grande escala y sin trabas, según la norma de la ley eterna, que es en lo que consiste precisamente la libertad digna del hombre y provechosa á la sociedad, nadie más que la Iglesia la favorece, la estimula y la protege. Ella, con su doctrina y su acción, libertó á la humanidad del peso de la esclavitud, anunciando la gran ley de la igualdad y de la fraternidad humana; en todos los siglos ha tomado á su cargo el patrocinio de los débiles y de los oprimidos contra la prepotencia de los fuertes; ella, con la sangre de sus mártires, conquistó la libertad de la conciencia cristiana, restituyó al niño y á la mujer la dignidad de su noble naturaleza y la participación en

los mismos derechos de respeto y de justicia, contribuyendo, en gran manera, á introducir y conservar la civil y política libertad de los pueblos.

¿La Iglesia usurpa los derechos del Estado é invade el campo de la política? Antes bien, la Iglesia sabe y enseña que su divino Fundador ordenó dar al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, sancionando de esta suerte la distinción inmutable y perpetua de las dos potestades, ambas supremas en su esfera respectiva; distinción fecunda, que tanto contribuyó al desenvolvimiento de la civilización cristiana

Estas y otras acusaciones de este jaez provienen, pues, de pura malevolencia. En este trabajo pernicioso y desleal, marcha á la cabeza de todas una secta tenebrosa, que la sociedad, hace largos años, abriga en su seno, á guisa de morbo letal que contamina su salud, su fecundidad y su vida. Personificación permanente de la revolución, constituye una especie de sociedad al revés, cuyo fin es un predominio oculto sobre la sociedad reconocida, y cuya razón de ser consiste en la guerra á Dios y á su Iglesia. No es menester pronunciar su nombre; todos, con estas señas, reconocen á la *Masonería*, de la cual tratamos ex profeso en Nuestra Encíclica «*Humanum genus*,» de 20 de Abril de 1884, denunciando sus maléficas tendencias, sus falsas doctrinas, sus obras nefastas. Esta secta, que abraza en su inmensa red á casi todas las naciones y se coliga con otras sectas que mueve con ocultos alambres, atrayendo á sus afiliados con el cebo de las ventajas que les procura, plegando á los gobernantes á sus designios, ya con promesas, ya con amenazas, ha llegado á infiltrarse en todas las clases sociales, y á formar como Estado invisible é irresponsable dentro del Estado legítimo. Llena del espíritu de Satanás que, como decía el Apóstol, sabe cuando le conviene transfigurarse en ángel de luz, proclama fines humanitarios, pero todo sacrifica á sus proyectos sectarios; y mientras declara que no la guían miras políticas, ejerce una acción amplísima en el movimiento legislativo y administrativo del Estado; mientras profesa respeto á las autoridades imperantes y aun á la religión, tiende como á supremo fin (y sus mismos reglamentos lo afirman) al exterminio del imperio y del sacerdocio, considerados por ella como enemigos de la libertad.

Cada día se hace más y más evidente que á las sugerencias y á la complicidad de esta secta deben atribuirse, en gran parte, las continuas vejaciones contra la Iglesia, lo mismo que el recrudecimiento de los recientes ataques. Y de veras que la simultaneidad de la persecución, que estalló de súbito, cual tempestad en cielo sereno, es decir, sin causas adecuadas al efecto; el género idéntico de la preparación, llevada á cabo por medio de la prensa periódica, de reuniones públicas y de representaciones teatrales; el empleo, por todos lados, de las mismas armas de la calumnia y de la agitación popular, demuestran la identidad de propósitos y la consigna emanada de un mismo centro de dirección. Episodio, por lo demás, que se asocia al plan establecido de antemano, y que se va poniendo en práctica, cada día con mayor amplitud, para multiplicar los daños ya por Nos enumerados, y, sobre todo, para ir restringiendo hasta su total extinción la enseñanza religiosa, formando así generaciones de indiferentes y de incrédulos; para impugnar con la prensa la moral de la Iglesia; para escarnecer, finalmente, sus prácticas y profanar sus fiestas.

Resulta, como consecuencia natural, que el sacerdocio católico, llamado á difundir prácticamente la religión y á ser dispensador de sus misterios, sea asaltado con mayor encarnizamiento para disminuir su autoridad y prestigio á los ojos del pueblo. La audacia crece más de día en día, interpretándose siniestramente las acciones de los sacerdotes, abultando sospechas y arrojándoles las más vulgares acusaciones; y aumenta la procacidad en proporción de la impunidad con que cuentan.

Llamamos vuestra atención, amados diocesanos, á los últimos párrafos que parecen escritos por Su Santidad ex profeso para nosotros, y describiendo los sucesos de los últimos meses en varias partes de la República Mexicana. Sigue hablando de la persecución á los Institutos religiosos y de la usurpación de su propio principado civil; y más abajo, como asustado del cuadro tan negro que ha trazado en momento tan fausto, trata de iluminarlo, enumerando los consuelos

que la Iglesia, el Papado y su augusta persona están recibiendo. Oid las palabras finales:

Bien podemos consolarnos, porque aun el momento presente ofrece señales que conservan inalterable nuestra confianza

Una calma sobrenatural, sostenida por el Espíritu Santo, que se mueve y vive en la Iglesia, reina por ahora no sólo en las almas de los buenos, sino en el conjunto de la sociedad católica; calma que se desarrolla serena mediante la unión más estrecha y afectuosa que nunca, del Episcopado con esta Cátedra Apostólica, formando maravilloso contraste frente á la agitación, discordia y continuo pulular de las sectas que perturban la tranquilidad social; unión que armoniosamente se reproduce fecunda en variadas obras de celo y caridad, entre los Obispos y el Clero, y éste y el laicado católico

Las amarguras, pues, se alivian con los consuelos, y en medio de las dificultades de la lucha, mucho tenemos que esperar

Nos, por Nuestra parte, Venerables Hermanos, no dejaremos de procurar que se apresure el día de las Misericordias del Señor, cooperando activamente, como es Nuestro deber, á la defensa é incremento de su reino en la tierra. Á vosotros no tenemos exhortaciones que dirigir. Nos es bien conocida vuestra solicitud pastoral. Ojalá que la llama que arde en vuestros corazones se transfunda siempre más y más á todos los ministros del Señor que comparten vuestros trabajos. Ellos se encuentran en contacto inmediato con el pueblo, y conocen sus aspiraciones, sus necesidades, sus sufrimientos, y también las asechanzas y las seducciones de que está rodeado. Si, llenos del espíritu de Jesucristo, y manteniéndose en una esfera superior á las pasiones políticas, unen su acción á la vuestra, lograrán, con la bendición de Dios, obrar maravillas, ilustrando las multitudes con la palabra, atrayendo los corazones con la suavidad en el modo, ayudándoles caritativamente en la progresiva mejoría de su condición. El clero se verá, igualmente, corroborado con la acción inteligente y operosa de todos los fieles de buena voluntad: así los hijos que hayan gustado las caricias de su tierna Madre la Iglesia, las pagarán condignamente con acudir á la defensa de su honor y sus glorias. Cada uno puede contribuir á esta obra, que al mismo tiempo que constituye un

altísimo deber, es en sumo grado meritoria: los doctos y los literatos, con la apología y la prensa cotidiana, instrumento poderoso de que tanto abusan nuestros adversarios; los padres de familia y los maestros, con la cristiana educación de los hijos; los magistrados y representantes del pueblo, con la firmeza en los buenos principios y la integridad del carácter: todos con profesar, sin respeto humano, sus propias creencias

Tal es el deber de los católicos: el éxito final está en las manos de Aquél que, con amor y sabiduría, vela sobre su inmaculada Esposa, y del cual está escrito: *Jesus Christus heri et hodie: ipse et in sæcula*. Á Él, en este instante, dirigimos humilde y ferviente Nuestra plegaria; á Él, que, amando con amor infinito á la errante humanidad, se hizo su víctima expiatoria en la sublimidad del martirio; á Él que, sentado, aunque invisible, en la mística nave de su Iglesia, puede, mandando al mar y á los vientos agitados, sosegar la tormenta

Baje, entretanto, como prenda de las gracias más escogidas, sobre vosotros y sobre los fieles á vuestro cuidado cometidos, la Bendición Apostólica que de todo corazón os enviamos.

Dado en Roma, junto á San Pedro, el 19 de Marzo de 1902, año vigésimoquinto de Nuestro Pontificado.

LEÓN PAPA XIII.

Á la Bendición Apostólica, que al terminar lo que llama su testamento, os manda el Sumo Pontífice León XIII, añade vuestro humilde Pastor la suya propia al despedirse de vosotros por breves semanas. Si todo Obispo tiene especial obligación en este año jubilar y en medio de las circunstancias que nos rodean, de rendir particular homenaje al Supremo Jerarca, mayor es el deber que liga á los Prelados de los dos únicos paí-

ses, cuyos Gobiernos han rehusado mandar enviados especiales á felicitar al venerable anciano que rige los destinos de la Iglesia Católica. Vamos, pues, á Roma á rendirle homenaje como á Sucesor de San Pedro, que ha recibido de Dios la misión de apacentar no sólo las ovejas y corderos, sino también á los Pastores. Vamos á venerar en su augusta persona el Supremo Pontificado, establecido por la Divina Providencia para gobernar y salvar al mundo. Vamos á arrodillarnos ante el Rey legítimo de Roma y su territorio, á despecho del despojo de que ha sido víctima; ante el Monarca más augusto de todos los Soberanos, cuya sublime jerarquía reconoce el mundo civilizado.

Vamos, como humilde oveja del Rebaño de Cristo; como Pastor de una porción de la grey de Jesucristo; como funcionario de una sociedad perfecta difundida por todo el Orbe; como dignatario de la Iglesia Universal. Vamos, no sólo á nombre nuestro, sino como representante de los quinientos mil habitantes de nuestra diócesis; vamos como testigo acreditado, á dar público testimonio de que la fe se conserva íntegra en la República Mexicana, á despecho de tantos vaivenes y tantas contrariedades. Vamos, por último, á exhibirnos como prueba viviente de esa unión íntima y estrecha del episcopado, aun en las más remotas regiones, con la Cabeza visible de la Iglesia, que forma el principal consuelo del anciano Pontífice, como su voz augusta acaba de indicarnos.

Como veis, semejante viaje no es el de un caminante

vulgar, no es la peregrinación de un devoto romero, no es la expedición de un artista ni de un literato. Va vuestro Pastor á la Capital del mundo Católico, en una ocasión única en la historia, y con un fin tan sublime como digno de él mismo y de vosotros. Va á llevar al augusto Mendigo del Vaticano, unos cuantos millares que representan vuestras humildes ofrendas, y medio millón de Corazones fieles, devotos y leales que palpitan en la diócesi de San Luis Potosí.

Justo es, por tanto, que todos nos acompañéis en espíritu y oréis por vuestro Prelado. Con este fin, hasta nuestro regreso se dirá en la Misa, además de la colecta *ad petendam pluviam*, la oración *pro peregrinantibus*.

Se leerá este Edicto, *inter missarum solemnias*, en todas las Iglesias, Capillas y Oratorios de nuestra Diócesi, el primer domingo después de recibido.

Dado en el Palacio de nuestra residencia, junto á la Catedral, en San Luis Potosí, á 20 de Abril de 1902.

✠ IGNACIO,
Obispo de San Luis Potosí.

EDICTO

SOBRE EL JUBILEO DE LA DECLARACIÓN DOGMÁTICA
DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN.